

pero de improviso, la gracia del cogoyo logra una síntesis y entonces tenemos la sensación de un poema redondo, logrado. Algo que no es fácil dentro de un juego de tan escasos y comunes elementos. He aquí uno de esos aciertos que se intitula "Escuela de campo". Escribe el poeta: "En invierno / no hay lección ni ronda. // El corazón del invierno / canta en los vacíos bancos, / la lluvia / apaga las abejas de la escuela. // Todo entra a la tristeza, / la gastada cal, las vigas, / el pizarrón y su cuadrada ausencia, / todo se suma / al viejo olor del trigo. // Pero / no hay noches sin día / y al fin llega setiembre, / comienza a suceder la primavera, / la letra, / el número, la ronda. // Y la escuela / desde su adobe solitario / sube hasta bandera".

No puede exigirse mayor sobriedad; el tacto del poeta se ha tornado muy fino y sensible, para escarmenar y establecer unos trozos de belleza. Rubén Campos Aragón nació en Linares hace 33 años y estudió Pedagogía en Castellano. Su libro recién publicado, al cual pertenece este poema, es su segundo título; el anterior se denomina *Al son del otoño*.

Ulises.

<https://doi.org/10.29393/At401-82EHLG10082>

Epopeya de los húsares, de MANUEL G. BALBONTÍN M.
Editorial Orbe, Santiago, 1963

Desde los albores de la Independencia se viene arrastrando esta vieja polémica entre los partidarios de don Bernardo O'Higgins y don José Miguel Carrera, fundadores de la nacionalidad. Muchos libros, artículos, ensayos se han publicado en defensa o en ofensa. Sesudos, llenos de citas históricas, celosamente investigados entre la balumba de material de las bibliotecas o archivos personales. Apasionados, vehementes donde entra por mucho el ardor familiar, político o social. ¿De cuál lado ponerse ante tanta argumentación en pro y en contra?

En uno se ha querido ver el representante de la clase media. En otro, al abanderado de la aristocracia. O viceversa.

Manuel Balbontín, joven y por lo tanto entusiasta historiador, que aparece como nuevo exégeta de don José Miguel Carrera, ha publicado recientemente un libro sobre la "epopeya" de este discutido húsar de Galicia. Indudablemente que el otro húsar, el de la Muerte, su inseparable colaborador, Manuel Rodríguez, tiene su parte.

Estos dos hombres "que durante tanto tiempo se consideraron perturbadores del orden de nuestra naciente organización política, hoy evocan con poderosa simpatía, heroicos, nobles y trágicos recuerdos". Ambos son tildados de orgullosos y apasionados. "Dicen sus detractores que fueron libertinos, ingratos, alborotadores y absorbentes, lo que no puede ser digno de crédito ya que Carrera y Rodríguez dieron demasiadas pruebas de sus dotes intelectuales y generosos corazones".

Esta es la tarea que se ha propuesto Balbontín: deshacer falsas apreciaciones e interpretaciones de los actos de sus héroes. También le interesan el aspecto romántico y las hazañas. Da énfasis a las condiciones innatas de "caudillos" de ambos guerreros, cuyas vidas corrieron paralelas desde la in-

fancia. Ya se puso al servicio del "jefe" en la escuela. Manuel Rodríguez, subyugado por "su valentía, altivez e independencia", le ayuda a evadirse al considerar injusta una medida disciplinaria. Esta influencia es típica de esos espíritus violentos y decididos sobre otros, acaso tímidos, que buscan una recia personalidad que les ordene y se responsabilice. ¿Por qué siendo Manuel Rodríguez un audaz guerrillero siempre actuó como segundón, como adelantado de su compañero? No podemos extrañarnos entonces de la similitud del fin, pues "por caprichos del destino ambos murieron asesinados en forma casi análoga por la causa de la Independencia de Chile".

Más adelante analiza la idiosincrasia de Carrera en relación con la gesta revolucionaria. "Carrera por su carácter, sus ideas, sus ambiciones no era hombre que propendiese a una reforma más o menos ventajosa del régimen colonial: por el contrario, deseaba la emancipación de Chile; quería realizarla contra todo y contra todos y, más, ser el jefe". Aquí parece que estuviera la explicación de sus fracasos y de la tenaz y permanente oposición que encontró por todas partes donde llegase. Era un apresurado, un romántico y exaltado paladín. Actuaba más por impulso, que por razonamiento. Pero perturbaba la acción diplomática y militar. Carrera, patriota como el que más, cuando sabe que su tierra se ha levantado en armas, acude prestamente, trocando su rango de general español por el fusil del insurgente. Claro que no venía de soldado, sino de "jefe máximo" de la naciente república.

Sin embargo, cuando se le ofreció la dirección de la revolución, "sea por amor inmenso a su obra de libertad e ideas liberales, sea por ambición y orgullo, cosas que se confundieron en el carácter de Carrera, el hecho fue que no tardó en manifestarse descontento y rehusó con desprecio los altos cargos que se le ofrecieron".

He aquí la actitud lógica del romántico, regido por impulsos, a veces opuestos, contradictorios. Era por lo demás, un militar brillante. "Nunca el pueblo había visto un oficial tan arrogante y gallardo, el hombre admirable, el verdadero genio de nuestra revolución, de nuestras primeras batallas, el único capaz y digno de conducir al pueblo como héroe legendario, el único que, por lo mismo, al ser empujado por su insaciable ambición, cayó más bajo que ninguno y murió en el patíbulo traicionado por los suyos", agrega el autor.

Ya hemos visto cómo impresionó al pueblo con su teatralidad, con su pose de tribuno, con su capa roja al viento. Todo un cuadro de Géricault, entre nubes tormentosas. Una revolución no se hace con actitudes y arengas. Se hace con cálculo, con el conocimiento de las flaquezas de los hombres que la empujan o la combaten, con renunciamientos o retrocesos, con añagazas y deslealtades acaso. Carrera estaba condenado. Le faltó menos orgullo y ambición.

Balbontín cree que su héroe fue popular, pues buscaba el bienestar y la ascensión del pueblo. Creemos que el "pueblo" no sintió la revolución de la Independencia, pues sus intereses no eran los que estaban en juego. Lo mismo le daba estar bajo el mando de patrones españoles o criollos.

Luego el historiador se refiere a la enemistad entre los dos "grandes" de la Independencia. "A pesar, escribe, del recibimiento hecho a Carrera, inclusive el mismo don Bernardo lo abrazó, proclamándolo el libertador de Chile. Poco a poco fueron distanciándose estos dos próceres para mal de la Patria, lo que debía materializarse negativamente en la batalla de Lircay y posteriormente, en el Sitio de Rancagua". El autor explica la causa de esta derrota a "la precipitación de O'Higgins para encerrarse en Rancagua y la obstinación para no salir de la plaza, auxiliado por la tercera división (la de Carrera) son causas determinantes de este hecho de armas". Si se le hubiese hecho caso a éste, en su recomendación de defender la Angostura de Paine, seguramente no tendríamos que haberle aceptado la ayuda a los argentinos.

La pérdida de la Patria Vieja "se debió al haberle quitado el mando del ejército al general Carrera, el único hombre de genio y actividad". Además de "la guerra encendida por O'Higgins y el abandono en que dejó el sur".

Estos conflictos continuaron al otro lado de los Andes. Miguel Carrera es todo actividad. Viaja a EE. UU. y obtiene pertrechos para proseguir las acciones. Mas siempre tiene al frente la sombra de su enemigo, ahora en alianza con San Martín. Desesperado, organiza montoneras y cuerpos de ejército con compatriotas e indígenas. Se toma varias veces Buenos Aires e inicia una trágica marcha por la pampa en demanda de su país. Todos son obstáculos. Le salen al paso una y otra vez para detenerlo. Lo derrotan por fin. Empieza su desgracia. Son fusilados sus hermanos y él mismo pagará con la muerte su romántica odisea de libertar a su Patria. Poco después le seguirá en tal dramático final su amigo de la infancia: Manuel Rodríguez.

Todo un desastre, después de tan largo y duro bregar. Todo por causa de la ambición y el orgullo. La Historia deja sus enseñanzas. Lástima que los hombres se olvidan de ella y creen actuar con originalidad cuando no están sino siguiendo destinos anteriores.

* * *

Esta obra de Manuel Balbontín está escrita con pasión juvenil, desprovista de odiosidades. El admira su héroe y quiere exaltarlo, para lo cual recurre a la Historia. Pero el lector se queda un tanto pensativo y desorientado. ¿Quién fue el defensor del pueblo y quién el personero de la reacción? Según Balbontín, don José Miguel Carrera fue el verdadero caudillo de la causa popular. El anhelaba sacarlo de la noche colonial y del yugo administrativo de España. Por el contrario, O'Higgins habría sido el defensor de los intereses de la clase reaccionaria, aristocrática y terrateniente. El hombre de linaje se inclina por la plebe. El carente de él, aherrojado, despreciado, resentido, se pone al servicio de esa misma clase que lo rechaza. ¿Entendemos esto? ¿Es patriótico y oportuno continuar esta polémica que divide a los chilenos, siendo que ya no podemos cambiar el curso de los acontecimientos?

Creemos que ambos caudillos, con sus defectos y sus virtudes, son acreedores de nuestra gratitud.

En todo caso, aplaudimos a Manuel Balbontín por su laborioso, ameno y documentado trabajo, escrito con estilo sencillo, directo.

L. G.